

Toda la nobleza protestó tácitamente contra la destitución del gran canciller haciéndole el mismo día visitas de pésame, á cuya manifestación se agregaron también príncipes de la real casa; y por el señor de Gersdorf, jefe de administración del partido en que radicaba el molino y dueño del estanque, se interesó toda la nobleza del distrito presentando al rey una petición elocuente en su favor.

El rey escribió después á su ministro conde de Finkenstein, padre del presidente de gobierno destituido, para manifestarle su sentimiento por haberse visto precisado á dar en su hijo un escarmiento público por su manera injusta de proceder; y se cuenta que el ministro le contestó que esperaba que el rey haría examinar minuciosamente todas las circunstancias, y si su hijo resultase verdaderamente culpable del delito de que se le acusaba, no sería castigo suficiente la simple destitución de su empleo; pero si resultara inocente, no podía creer que el rey dejara semejante mancha sobre la familia de un hombre que desde tan largo tiempo se había dedicado á su servicio.

Parece increíble que el rey, reflexionando friamente sobre el caso, no viera dos cosas: primera, que el molinero le había engañado; y segunda, que él mismo había procedido con una precipitación imperdonable tratando como criminales y culpando de haber arruinado por pura malevolencia á un campesino, á empleados honrados y á magistrados de conducta intachable, que cuando más podían haber cometido un error que todavía estaba por probar. Por esto es muy de creer lo que se refiere de una conversación del rey con el húsar Neumann, su camarero militar, poco después de los sucesos del mes de diciembre. Cuéntase que le dijo entre otras cosas hablando de Arnold: «Ese pillo me ha engañado. Es preciso que mire cómo enmendar mi error; pero esto no sé cómo hacerlo. Escucha, querido Neumann, el caso es que el grande oprime siempre al pequeño, y yo he querido hacer un escarmiento terrorífico; solo que esta vez el pequeño á quien he querido proteger, ha resultado ser el que tiene la culpa. Si ahora me retracto, tomarán más vuelo los opresores y en lugar de mejorar las cosas, quedarán peor que antes. Por supuesto yo he procedido con dureza y he cometido injusticias; pero ya no puede remediarse el daño: me he precipitado. ¡Maldito pillo!»

Por lo que precede se ve que Federico el Grande tuvo que sufrir como déspota la maldición del despotismo. El hombre justiciero, incorruptible, ilustradísimo y animado del firme propósito de ser la Providencia en la tierra, no pudo eximirse de cometer el error más grosero y brutal, y de proceder con injusticia imperdonable, teniendo que experimentar luego la otra maldición del déspota, á saber: después del dolor de haber obrado mal, el de tener que seguir aferrado á su manifiesta y cruel injusticia, por el temor de comprometer su aureola de infalibilidad, sin poder siquiera resarcir el mal que había hecho.

En el caso referido debió este gran rey de enviar la tranquila conciencia de los magistrados víctimas de su ira régia, y ciertamente debió de sentirse humillado en su interior cuando el presidente del tribunal supremo le dijo en el curso de la causa, en 19 de diciembre, que él y todos los magistrados habían jurado al hacerse cargo de su empleo que no permitirían que se torciera ni interrumpiera el curso de la recta justicia por reales órdenes; y que no habían faltado jamás á este juramento sagrado, ni él ni sus compañeros.

De esto se debió de acordar el rey cuando en su carta del 1.º de enero escribió á su ministro de Estado Zedlitz, que no le irritaba sino que le agradecía su manifestación franca y varonil de no poder opinar contra su conciencia.

IV.—WASHINGTON Y STEUBEN EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA NOROCCIDENTAL

En la primavera de 1775 las colonias norteamericanas empezaron la guerra contra las fuerzas inglesas mandadas por el general Gage en Boston, con varias acciones muy propias para animar á los rebeldes, despertar su entusiasmo y darles confianza en sí mismas. Los regimientos que Gage había enviado para destruir los depósitos que los rebeldes habían establecido en Concord y Worcester fueron rechazados en 19 de abril junto al puente de Lexington por el mortífero fuego de guerrilla de las milicias, reunidas apresuradamente y apostadas en los bosques y matorrales. En mayo las milicias del Connecticut, capitaneadas por los coroneles Allen y Arnold, tomaron los fuertes de Ticonderoga y Crownpoint. En junio Gage, reforzado entre tanto con nuevas tropas inglesas que habían llevado de Europa los generales Howe, Clinton y Burgoyne, se puso en marcha hacia Charleston situada al Norte de Boston para abrirse por allí camino y salir de aquel rincón. En su marcha fué recibido por el fuego de una batería colocada en la altura de Bunkershill, dirigida y defendida también por los cazadores americanos, tanto que el día 17 de junio hubieron de ponerse los generales ingleses á la cabeza de sus tropas en dos asaltos consecutivos para impedir su retirada y huida.

En marzo del año siguiente, evacuaron los ingleses la ciudad de Boston, siendo este el primer éxito favorable que el nuevo general en jefe del ejército federal, Jorge Washington, consiguió en esta guerra con solo haberse sostenido en un puesto que cualquier otro militar hubiera dado por perdido.

Habiendo resuelto en 10 de mayo de 1775 el segundo congreso reunido en Filadelfia la formación de un ejército general que se llamó *continental*, fué su primer cuidado y el más grave y difícil, encontrar un general en jefe aceptable á todas las colonias y que al propio tiempo estuviese á la altura de su difícilísimo puesto. El único ejército de los americanos que estaba entonces en campaña era el del Norte ó sea el de la llamada Nueva Inglaterra, el cual en dos acciones que había tenido con las tropas del general Gage, había salido airoso. Dando á este ejército un jefe natural de las colonias del Sur, se exponía el congreso á disgustar á estas fuerzas; y por otra parte era cuestión vital dar desde luego al ejército americano un carácter general, que representara los intereses de la nación entera, muy por encima de todo espíritu de provincialismo, matando así en germen toda idea separatista. La buena estrella de los Estados Unidos quiso que en aquel primer momento importante se encontrara entre los miembros del congreso un hombre opulento, y que como militar, patriota y particular gozaba en toda la América de una confianza ilimitada; de modo que cuando se citó su nombre para el indicado puesto, primero confidencialmente y luego de un modo oficial, no encontró en todo el congreso ni fuera de él, un solo envidioso ni competidor. Tal fué el coronel Washington, natural de Virginia y de edad de 43 años, el cual elegido por unanimidad en una sesión á que no asistió, admitió su cargo en otra sesión celebrada el 16 de junio y lo hizo en los términos siguientes: «Señor presidente: sinceramente agradecido al alto honor que se me dispensa con este nombramiento, siento un verdadero dolor por la convicción que tengo de la insuficiencia de mi talento y experiencia militar, muy inferiores á la magnitud y gravedad de esta misión; pero ya que el congreso lo desea, tomaré sobre mí este deber pesado y emplearé todas mis fuerzas para su servicio y el sosten de la buena causa. Su-

plico á estos señores que acepten mis más cordiales gracias por la prueba distinguidísima que me dan de su confianza; pero si por desgracia ocurrieran sucesos que perjudicaran mi buen nombre y fama, suplico á todos los aquí presentes que recuerden entonces lo que ahora declaro con la mayor sinceridad, y es que no me encuentro con aptitud para el mando en jefe con que se me honra. Por lo que toca al sueldo, suplico que se me permita declarar aquí que ninguna esperanza de beneficio pecuniario me habría podido inducir á renunciar á mis comodidades domésticas y á la vida de

familia para admitir este empleo espinoso; y que ni siquiera deseo sacar ninguna ventaja de él. Presentaré solamente cuenta exacta de mis gastos, los cuales no dudo me restituirá el congreso y no pretendo más.»

Los sentimientos nobles que revelaban estas palabras, eran tan verdaderos y tan genuinos como todo el individuo. Esto lo sabía toda aquella reunión de abogados.

Juan Adams, el diputado por Massachussets, que había trabajado con más entusiasmo por la elección del nuevo jefe militar, escribió en aquellos días: «Hay algo en el modo de



Jorge Washington, copia del cuadro original de C. W. Peale

proceder de Washington que me extasia. Un caballero poseedor de una de las mayores haciendas, abandona su hogar delicioso, su familia, sus amigos; sacrifica su vida cómoda, y lo arriesga todo por la causa de su país. Sus intenciones son nobles y desinteresadas. Cuando aceptó su importante cargo declaró que calcularía sus gastos rigurosamente y que no admitiría ni un chelín de sueldo (1).»

El 3 de julio de 1775 reunióse Washington con las milicias que estaban sitiando á las fuerzas del general Gage en Boston. Estableció su cuartel general en Cambridge, y en seguida se puso á escribir la primera carta de su célebre correspondencia con el congreso, correspondencia que presenta á la posteridad el cuadro conmovedor de una lucha desesperada en circunstancias nunca vistas por lo difíciles bajo todos conceptos. En primer lugar el ejército no mere-

cia este nombre ni de lejos. Era un somaten de 9,000 hombres valientes y briosos, sí, pero faltos de todo lo demás, hasta de lo más indispensable. No tenían ni ropa, ni tiendas, ni siquiera pólvora, ni dinero, sin contar la falta de lo que no podían tener, como organización, es decir, disciplina, órden, instrucción militar y práctica de campaña. En 21 de setiembre escribió el general al congreso: «Mi situación es por demás aflictiva; veo acercarse el invierno, y tengo un ejército desnudo que en pocas semanas acaba su tiempo de servicio, sin que haya absolutamente nada preparado. La caja de guerra está completamente vacía; el pagador no tiene ni un solo peso, y el comisario general me asegura que ha extremado su crédito solo para alimentar el ejército. El jefe de Estado mayor se encuentra en la misma situación, y la mayoría de las fuerzas está, á consecuencia de la falta de pagas, en una disposición de ánimo muy próxima á la rebelión. No sé á quién atribuir este descuido; pero lo que sé, es que si no se remedia pronto y se procura evitar su repetición en adelante, tiene que disolverse irremisiblemente todo el ejército.»

(1) Washington nació el 22 de febrero de 1732 en el condado de Westmoreland, en Virginia. Sobre su vida véase: JARED SPARKS: *The writings of George Washington, being his correspondence, addresses, messages and other papers, official and private—with a life of the author.* Boston 1837.

Hay que tener además en cuenta que estas quejas y lamentaciones iban dirigidas á una asamblea no autorizada por nadie, que podía tomar resoluciones y suplicar su observancia, pero que no tenía poder legal ninguno para obligar á nadie á la obediencia.

En 1.º de diciembre concluyeron su tiempo de servicio los regimientos de Connecticut, y sin esperar sus licencias se marcharon con sus armas á sus casas. Debían ocupar su lugar 5,000 milicianos de Massachussets, Rhode-Island y New Hampshire, pero los oficiales que los mandaban escribieron al general que su gente era tan discolosa é indómita que no aguantarían mas que un par de días en las filas. En tan triste situación, temiendo á cada momento perder los soldados que tenía por desercion y no ver llegar nunca los que debían reforzarle, escribió Washington al congreso en 4 de enero de 1776: «Difícilmente se encontrará otro caso como el nuestro en los anales de la historia. Hallarse á un tiro de fusil del enemigo durante seis meses, sosteniéndose en una posición sin pólvora, licenciando un ejército y enganchando el que ha de reemplazarlo, todo enfrente de unos 20 regimientos ingleses (aguerridos): esto es ciertamente mas de lo que puede pedirse.»

Mientras este desgraciado general en jefe en semejantes circunstancias y á la cabeza de un ejército en continua disolución declaraba confidencialmente á sus amigos que si hubiese sabido lo que estaba sucediendo, ningún poder humano le habría podido hacer aceptar semejante mando, tuvo todavía que animar á otros cuando él mismo necesitaba quien le sostuviera la confianza y el valor. Así escribió al teniente general que pidió su separación del mando á causa de la espantosa indisciplina de sus tropas en 5 de diciembre de 1775: «Sé que las quejas de V. son demasiado fundadas. Yo también he encontrado iguales dificultades, tales que jamás me las podía haber imaginado; pero se han de sobre llevar. La causa por la cual luchamos es tan justa y noble, que es preciso hacer toda clase de esfuerzos para dominar los obstáculos, y por esto le suplico que no piense en dimitir.»

Washington consideraba nada menos que como un milagro del cielo la inacción del enemigo, el cual no debió de conocer la situación miserable de las fuerzas federales, ó no tuvo resolución bastante para aprovechar su superioridad. En otra carta fechada en 14 de enero de 1776 escribió el general americano: «¡Cuántos ratos de amargura me causan el aspecto de mis tropas y mi propia situación cuando todos duermen á mi alrededor! Pocas personas tienen conocimiento del apuro en que nos hallamos por mil motivos; y menos todavía creerán, si nos sucediese una desgracia, los motivos que la habrán causado. A menudo he pensado cuán dichoso sería si en lugar de tomar el mando en semejantes circunstancias hubiese tomado mi fusil al hombro y entrado como soldado raso en las filas; y si mi conciencia y la consideración de lo que diría la posteridad no me lo hubiesen prohibido, me hubiese retirado á las tierras bajas para vivir en una cabaña india. Si llego á vencer todas estas y muchas otras dificultades, creeré tan cierto como hay Dios, que la Providencia ciega al enemigo; porque si pasamos este mes sin un percance fatal habrá sido puramente porque el enemigo no tiene noticia alguna de la desgracia con que luchamos.»

El general Howe, que había reemplazado en el mando superior á Gage en Boston, opinaba y de esta opinión había hecho participar á Inglaterra, que para operaciones eficaces era la peor base que podía haberse escogido, la lengua de tierra en que se hallaba, en frente de una bahía defendida en toda su extensión por fortificaciones enemigas, y que ni las

acciones mas brillantes, en caso de haberse podido realizar, no cambiarían en nada la disposición hostil hasta el fanatismo de toda la población de la Nueva Inglaterra. A esto se agregó que Washington estaba construyendo desde principios de marzo de 1776 fortificaciones en las alturas de Dorchester que dominan la ciudad de Boston; de modo que Howe se resolvió á embarcar todas sus fuerzas para llevarlas á Nueva York, donde tenía la comunicación libre con el mar, y encontraba una población mucho mejor dispuesta. Con la evacuación de Boston trasladóse el teatro de la guerra también á Nueva York, y despues desde este último país á Filadelfia.

En la lucha en torno de Nueva York estuvo Washington muy desgraciado, porque su ejército compuesto de 10,000 hombres quedó completamente destruido en 27 de agosto del mismo año en la batalla de Brooklyn por las fuerzas inglesas y hessesas, mandadas las primeras por los generales Clinton y Cornwallis, y las segundas por el general Heister y el coronel Donop. Washington tuvo que evacuar á Long Island y felicitarle de que no se dispersase el resto de sus fuerzas derrotadas. En esta situación escribió apesadumbrado en 2 de diciembre: «Los milicianos están desalentados, soliviantados é impacientísimos por irse á sus casas. A bandadas se han marchado y se marchan, algunas veces regimientos y compañías enteras.» En semejantes condiciones era imposible sostener á Nueva York, y en su retirada á Harlem sucedió que dos brigadas enteras echaron á correr sin disparar un tiro ante cincuenta soldados ingleses. Washington los quiso detener llevando en una mano el sable y en la otra la pistola, pero sin conseguirlo; lo cual le hizo escribir en 24 de setiembre al congreso: «Nuestra confianza en las milicias es nuestra desgracia. Confiar en ellas es apoyarse en un baston quebrado. Hombres sacados hace poco de su vida y sus satisfacciones domésticas, nada acostumbrados al estrépito de las armas, completamente ignorantes de toda especie de disciplina militar, falta que les quita la confianza en sí mismos cuando se ven enfrente de tropas regulares prácticas en todos los ejercicios, disciplinadas, valientes, aguerridas y discretamente apostadas, son cobardes y están siempre á punto de huir de su propia sombra. El súbito cambio en su manera de vivir, especialmente por tener que vivir á la intemperie en lugar de sus hogares bien abrigados, causa gran número de enfermedades, impaciente á todos y les produce una nostalgia indomable que les impulsa, no solamente á desertar vergonzosamente, sino á comunicar su ciego espíritu á los demás. Hombres acostumbrados á una vida completamente libre, sin tener que obedecer, ni dar cuenta á nadie, no pueden acostumbrarse á tolerar la esclavitud de la disciplina, tan indispensable para el buen orden y la buena dirección de un ejército, y sin la cual no hay mas que confusión y excesos. Para acostumbrar á semejante gente á respetar categorías y á obedecer á superiores, no basta un día ni un mes ni un año.....»

Nueva York y las dos Jerseys estaban en manos de los ingleses; la población de estos Estados había hecho su paz con el rey, muy contenta de verse libre de los saqueos é incendios del andrajoso ejército libertador, cuando Washington, en diciembre del mismo año, habiendo tomado posiciones con solo 4,000 hombres al otro lado del Delaware, al Oeste de Nueva York, separado solo por este río del ejército relativamente formidable del general Howe, concibió un plan, que si salía bien había de enmendar muchos descalabros y desgracias, mientras en caso contrario no podía empeorar gran cosa la situación; cuanto mas, que estaba á punto de concluir el tiempo de servicio de la mayor parte de sus milicias.

Enfrente del campamento de Washington, en el lado oriental del Delaware estaba la ciudad de Trenton, defendida por una sección de hesseses á las órdenes del coronel Rall, y no distante de allí la ciudad de Bordentown, defendida también por otra división de la misma tropa mandada por el coronel Donop. Estas tropas hessesas eran el terror de los americanos, y con mucha razón. Las milicias que se atrevían á atacarlas cometían una temeridad verdaderamente loca á no arreglarse de manera que pudiesen sorprender á estos famosos granaderos durmiendo é inermes, y además con gran superioridad numérica. El plan de Washington consistió cabalmente en esto. Calculando que los alemanes celebrarían como era su costumbre, la fiesta de Navidad de una manera algo liberal para descuidar la vigilancia, hizo embarcar en la noche del 25 de diciembre de 1776 su tropa y artillería y consiguió pasar el río luchando con los terribles y numerosos témpanos de hielo.

En la otra orilla formó su gente en dos secciones, una de las cuales ocupó la carretera de Princeton, mientras la otra se dirigió á la ciudad, y dando un rodeo para evitar las avanzadas alemanas, pudo entrar en ella por sorpresa y apoderarse de los cañones. Los hesseses, privados de su jefe que á la primera alarma había caído mortalmente herido de un balazo, rodeados por todos lados y hallando ocupada la carretera por los americanos que les tenían cortada la retirada, se rindieron en número de 886 granaderos con 23 oficiales y fueron desarmados. Por primera vez pudo el general americano dispensar un caluroso elogio á sus milicianos, escribiendo el 27 al congreso: «Ni las dificultades del paso del río en una noche excesivamente fría, ni la inmediata marcha en medio de un remolino espantoso de nieve y granizo fueron bastantes para enfriar el entusiasmo de mi gente; y cuando llegó á las manos con el enemigo, se habría dicho que los de detrás empujaban á los de delante para caer también sobre él.» Washington pasó otra vez el río para poner á sus prisioneros en lugar seguro, pero regresó inmediatamente á Trenton al saber que el coronel Donop había salido de Bordentown y se dirigía á Princeton. Con el fin del año esperó también el tiempo de servicio de varios regimientos de milicia, pero el general americano pudo conseguir con una gratificación de 10 pesos por individuo que continuasen en las filas seis semanas mas, con lo cual pudo dar otro golpe.

Al recibir lord Cornwallis la noticia del descalabro del 26 de diciembre, salió de Nueva York con fuerzas inglesas numerosas para atacar á Washington. Este prudentemente se retiró al otro lado del río Assanpink que desemboca en el Delaware junto á la ciudad de Trenton, y en lugar de aceptar allí una batalla, que irremisiblemente hubiera perdido, se retiró en la noche del 2 de enero de 1777 á Princeton á espaldas de los ingleses, dejando arder las hogueras de su campamento abandonado y haciendo que sus avanzadas guardaran el puente y los vados del río toda la noche. De esta manera el enemigo no advirtió la marcha de los americanos, los cuales llegaron á la salida del sol del día 3 á Princeton, donde se lanzaron sobre tres regimientos ingleses que estaban á punto de marchar á Trenton. Solo uno de los tres regimientos pudo abrirse paso á la bayoneta; pero los otros dos hubieron de ceder al número superior del enemigo, y despues de una empeñada lucha se retiraron con pérdida de 100 muertos y 300 prisioneros á Brunswick.

La consecuencia de estas derrotas fué que los ingleses evacuaron los dos Estados de Jersey; que Filadelfia quedó por lo pronto libre de sus ataques, y que Washington ganó algunos meses para dedicarse tranquilamente á la reorganización de su ejército, mucho mas débil y mucho menos terrible de lo que el general inglés creía.

En esta situación mas satisfactoria vino al auxilio del general americano una resolución importantísima que tomó el congreso en 27 de diciembre. Temiendo la ocupación de Filadelfia por las fuerzas inglesas, habían salido de la ciudad los miembros del congreso sigilosamente en 12 de diciembre; y cuando el congreso se volvió á reunir ocho días despues en Baltimore le habían vuelto tan humilde la situación grave y el sentimiento de su debilidad, que acallando todas las vanidades republicanas, ignorando todavía por otra parte las ventajas alcanzadas en Trenton y Princeton, resolvió con decisión nombrar á Washington dictador por el término de medio año con plenos poderes para reclutar y hacer requisiciones en todos los Estados de la Union republicana, «confiando en la sabiduría, vigor y honradez del general.» Esta confianza quedó plenamente justificada. No fueron palabras vanas y huecas las siguientes de la contestación que Washington escribió en 1.º de enero al congreso: «En lugar de considerarme con esta prueba de vuestra confianza, libre de todos los deberes de ciudadano, tendré siempre presente que la espada, remedio extremo para salvar nuestras libertades, es también el primer objeto que debe arrinconarse cuando las libertades están á salvo.»

No cambió gran cosa en la situación del general americano esta dictadura de seis meses, segun se vió en la campaña de otoño del año 1777; porque los americanos obtuvieron solo una ventaja, y esa inesperada. Los generales Bourgoyne y Riedesel, que con 7,000 ingleses y alemanes habían abandonado en el mes de junio su campamento cerca de Crownpoint junto al lago de Champlain y marchado victoriosamente pasando por Ticonderoga y siguiendo el curso del Hudson para ponerse en comunicación con el general Clinton que desde Nueva York marchaba á su encuentro río arriba, fueron cercados junto á Saratoga por el general americano Gates con 3,500 hombres de los 13,000 milicianos que tenía, y antes de que pudiera llegar Clinton á su socorro, se vieron obligados en 16 de octubre á pactar un convenio, que por la traición de los americanos adquirió el carácter de una verdadera capitulación. En efecto, por este convenio los americanos se obligaron á dejar á las tropas inglesas desarmadas regresar libremente á Inglaterra con el derecho de seguir en el servicio de su patria en todas las partes del mundo menos en América; pero el congreso no aprobó estas condiciones y supo arreglarse de tal modo, que aquella tropa quedó retenida en América prisionera de guerra hasta que se firmó la paz en 1783. Lafayette fué quien aconsejó este quebrantamiento de la palabra empeñada, diciendo á los americanos que si se dejaba marchar á las tropas convenidas, Inglaterra las emplearía en Europa contra la Francia; y que la infracción del convenio no era mas criminal que la cometida por los ingleses en Kloster-Seven.

Washington no estuvo tan afortunado como su compañero de armas Gates. En la defensa de Filadelfia contra el general Howe, su ejército, compuesto de 14,000 hombres, quedó derrotado completamente junto al río Brandywine el 11 de setiembre, en cuya batalla fué herido también Lafayette.

Los ingleses ocuparon la ciudad. En 4 de octubre recibió Washington otro descalabro con grandes pérdidas en una tentativa que hizo para tomar por sorpresa á Germantown en medio de una niebla tan espesa que no se distinguieron los combatientes. Aunque entonces quedaron también derrotados los americanos, su ataque produjo tal impresión, que tres semanas despues de la derrota de Filadelfia hubiese podido esta tropa proceder á una nueva acometida; y esto unido al hecho de Saratoga animó tanto á los patriotas, que